



“Desde los entonces lóbregos sótanos”: arqueología del primer Museo Etnográfico, 1905-1927 (Viamonte 430)

Informe de trabajos realizados y estudio de materiales históricos

Daniel Schávelzon



UBA, FADU.

Universidad de Buenos Aires Facultad de Arquitectura
Diseño y Urbanismo



El hallazgo

Durante el mes de agosto de 2019 fuimos avisados de un hundimiento en el piso del sótano del edificio que actualmente ocupa el Rectorado y el Consejo Superior de la UBA, en la calle Viamonte 430. Se estaban haciendo obras para adaptar ese espacio a un nuevo archivo – entre otras obras en el edificio-, para lo que se había iniciado la colocación de una carpeta de cemento reforzado con malla de acero en el piso. Trabajando en el último sector sin hormigonar se produjo la apertura del suelo. La primera mirada mostró que se trataba de una estructura bajo tierra de gran profundidad y no de una cañería o de las instalaciones sanitarias habituales. Una inmediata decisión del Rector hizo que se pararan las obras para averiguar de qué se trataba: no sólo era un edificio histórico, sino que no se podía pasar por alto la posible presencia de información científica que la UBA estaba obligada a recabar.

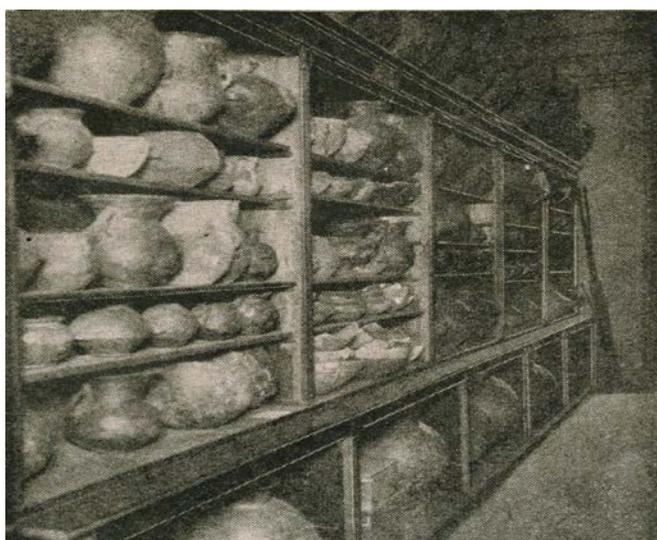
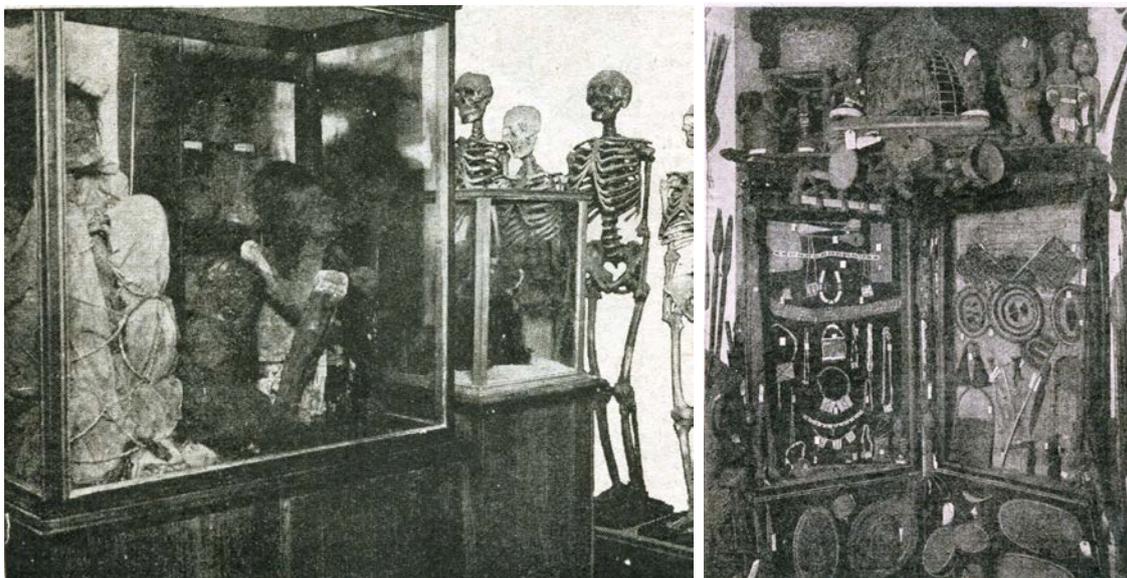


Estado del lugar al producirse el hundimiento y la primer apertura con el hallazgo de los pozos.

Tras una visita al lugar fue posible entender que se trataba de dos profundos pozos unidos entre sí, de cerca de cinco y ocho metros de profundidad visible, antiguos, los que habían sido rellenos de escombros desde ese nivel hacia abajo y por arriba estaban limpios. La rotura que produjo el hundimiento fue por dos motivos: una mezcladora de material funcionando en ese sitio con sus fuertes vibraciones y que el piso era de una simple mezcla de cal que cubría las endebles estructuras más antiguas colocadas sobre hierros oxidados. Si por encima de eso hubo un piso de mosaicos, lo que es más probable que fuese un entablonado como se ve en las fotos antiguas, ya no había evidencia alguna. La situación indicaba que era necesario hacer un estudio adecuado y analizar no sólo la estructura sino también su contenido, y a partir de eso sugerir posibilidades hacia el futuro. En función de eso y dada la premura que implicaba suspender obras en proceso, se organizó un equipo de colaboradores para que en pocas horas se pudiera operar como un rescate arqueológico en la menor cantidad de tiempo posible. Las condiciones del sitio lo hacían posible pese a que la profundidad de los pozos y la fragilidad de la estructura superior era de riesgo.

Lo impactante no era lo que parecía ser uno o dos pozos de agua más en la ciudad, si no el reconocer que era el sitio en que el actual Museo Etnográfico había comenzado a funcionar, que fue donde nació y creció gran parte de lo mejor de la arqueología y la antropología nacional. En ese lugar olvidado, tan complejo y laberíntico para acceder aun hoy, oscuro y

húmedo, con olores que no eran agradables, creció un campo académico que hoy enorgullece a la Universidad.



Vistas del interior del Museo cuando funcionaba en los oscuros sótanos de la calle Viamonte.

Hemos utilizado para el título una descriptiva frase que dice “Desde los entonces lóbregos sótanos”, que fuera escrita en 1950 al homenajear al segundo director del museo, Salvador Debenedetti, y quien siguiera los pasos del fundador, Juan B. Ambrosetti (Debenedetti 1918: 7), ya fallecidos ambos. Da una buena idea de lo que era el sitio que le diera la Facultad de Filosofía y Letras para su primer funcionamiento. Seguramente era una excelente descripción de esos viejos sótanos que solamente usaban los gatos cuando lo ocuparon y lo inundaron de objetos precolombinos e históricos de enorme valor, sin siquiera saber que el piso pudo haberseles hundido con el peso de lo que llevaron y recibieron.

Las tretas que fueron necesarias para lograr ese espacio abandonado a las que acudió Ambrosetti fueron muchas y así logró lo que es hoy; no está lejos de la mudanza que hubo

que iniciar en 1926 hacia al edificio actual, que por la falta de recursos el director compró de su dinero un camión de mudanzas y el movimiento lo hicieron los alumnos.

Debenedetti contó, de lo que el lugar era antes de que lo ocuparan:

“Los sótanos eran tierra inexplorada. Alguna vez, por ignorados caminos se llegaba hasta allá. Cerraba la frontera una puerta de hierro infranqueable (...), nuestras raras visitas fueron siempre recibidas con prolongados aullidos que partían desde lo más profundo de aquel oscuro antro oscuro, especie de caverna, espejo de catacumba (...). Antes de de ubicarse allí el museo fue necesaria (...) la pena capital para todos (los gatos)” (Debenedetti 1918a: 7).

La Casa Seeber

El edificio que actualmente existe y aún se usa fue construido por el conocido arquitecto Emilio Agrelo (1841-1913) en 1877, como residencia de la familia Seeber. Agrelo hizo grandes obras en la ciudad, entre ellas las cercanas Galerías Pacífico, el destruido Jockey Club de la calle Florida y el Hotel Winsor entre muchos otros ejemplos, siempre trabajando para grupos sociales de alto nivel adquisitivo. Francisco Seeber (1841-1913), quien le encargara la residencia, fue Intendente de la ciudad entre 1889 y 1890. Usó la casa con su familia hasta que la vendió al Estado Nacional en 1895 para ser destinada a la Dirección de Tierras y Colonias, pasando al año siguiente a funcionar allí el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires y la Facultad de Filosofía y Letras.

Para ese entonces la construcción ocupaba la mitad del frente que actualmente tiene, ya que en 1924, y para ampliarlo, se adquirió el lote vecino y aprovechando el jardín del frente se hizo una construcción que reproducía en forma mimética la peculiar fachada original, cubriendo todo el terreno.



Casa de la familia Seeber construida en 1877. El plano es de 1891 (Gentileza AYSA), la foto muestra aun el jardín lateral hacia 1900.

Con antelación a la Casa Seeber existió en el sitio la vivienda de un señor P. Gómez, la que ocupaba con su jardín también el centro de la manzana. Así lo reproduce con detalle el

catastro de Pedro Beare hecho entre 1860 y 1870. Pero poco después en el catastro de Antonio Galarce del año 1887, si bien esa casa figura completa ya se le ha agregado el terreno aledaño que era de la familia Ricabea. De todas formas los planos de 1891 no indican aun ese último cambio como concretado.

Por lo que muestran los planos, los pozos que estamos describiendo –o al menos el circular que es el más antiguo-, estaban en la parte frontal del lote original a pocos metros de la fachada; es imposible calcularlo con absoluta exactitud porque cambió la configuración de los lotes. Esto –el que el pozo esté tan en el frente-, si bien no es único en la ciudad es al menos extraño, por lo que descartando que haya sido un pozo de letrina dado el lugar en que se encuentra además de la falta de evidencias internas¹, debió ser un pozo para agua preexistente en el terreno, es decir que era de la precedente casa Gómez y que fue cortado a la altura (es decir hacia abajo) del piso del sótano por las obras de Agrelo. Esta es una hipótesis razonable aunque no hay pruebas directas que lo sustenten; aunque el que exista una cisterna en el patio de los Seeber es indicativo de que esa familia tenía un sistema de acopio de agua más moderno que un simple pozo. Y los planos de la casa no muestran su existencia.

En síntesis, es posible que el pozo circular haya sido hecho para la casa Gómez y que llegara en esa época hasta el nivel del piso de la planta baja estando por lo tanto ubicado en el primer patio, sobre el lado izquierdo. Cuando se hizo la casa siguiente en 1877, con sótanos, se vieron obligados a cortar el pozo quitándole el brocal y varios metros hacia abajo. En ese momento fue cuando le colocaron una cúpula de ladrillo para cancelarlo. Pero, si fue así, no se lo rellenó como debió hacerse, simplemente se lo canceló de manera chapucera y un nuevo y simple piso lo tapó supuestamente para siempre. Luego veremos que el escombro encontrado al fondo pertenece a las obras de 1877 por lo que no lo rellenaron por completo como hubieran debido hacerlo; el arreglo para clausurarlo, al igual que en muchos otros sitios de la ciudad, fue poco resistente y muy endeble. Realmente resistió por no haber tenido peso puntual sobre él, sino siendo un archivo, estaba distribuido.

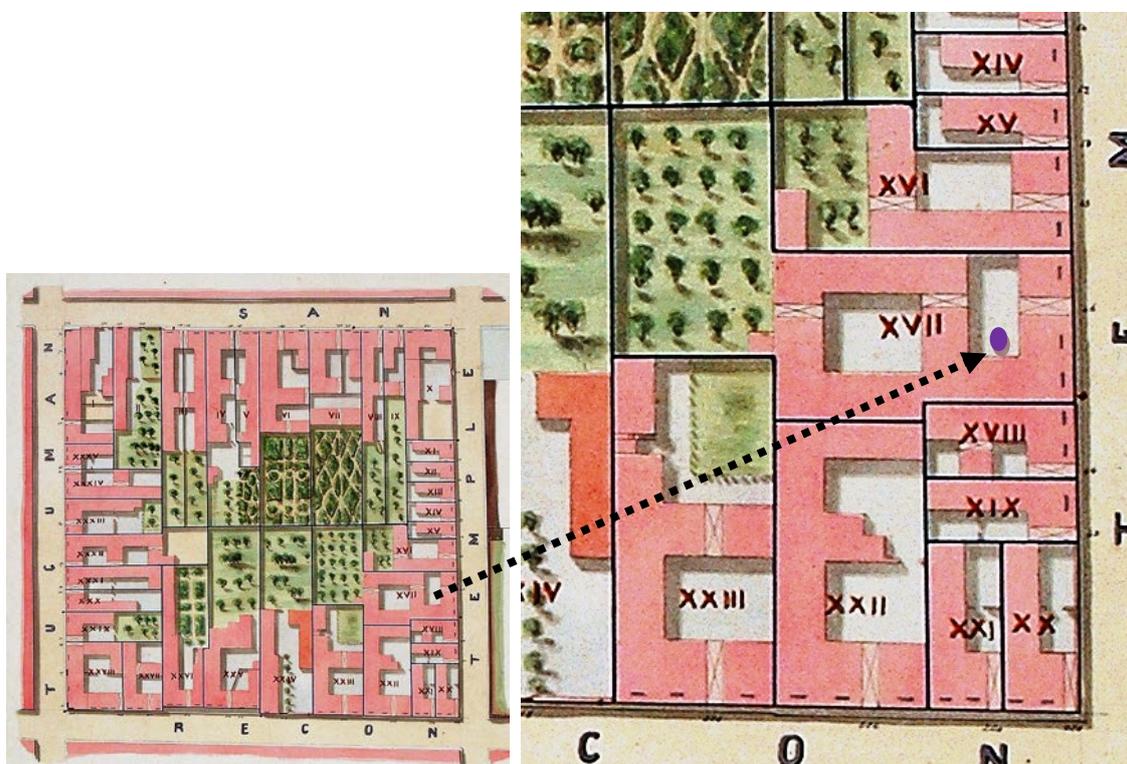
Entre la venta de la casa y la instalación de la Universidad funcionó allí la Dirección de Tierras y Colonias por menos de dos años, por lo que no sabemos si para ese momento se hicieron cambios o cómo fue la transición entre los organismos públicos². El decreto del traspaso a la Universidad fue de 1896 y la ocupación parecería haberse hecho al año siguiente, por lo que suponemos que las nuevas instalaciones sanitarias por cañerías –que cancelaban todo lo anterior y aun son visibles-, se hicieron muy poco antes. Por eso nos reducimos a historiar estos años al suponer que el conjunto se generó y fue usado entre la casa Gómez, la Seeber y la instalación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad; lo encontrado en cuanto a estructuras pertenece a esos años, aunque el contenido de los pozos tiene materiales arrojados al interior años más tarde pero que por otra parte muchos de ellos son más antiguos.

De los dos pozos existentes, una rectangular y otro circular, el pozo primero de ellos es el posterior y quizás de casualidad quedó a un lado del otro, aunque fue hecho con menos profundidad y diferente forma y técnica de excavación. Aun en ambos quedan las marcas de su

¹ Los pozos de letrina dejan un sedimento especial sobre las paredes, producto de la desintegración de los materiales orgánicos.

² La relación de Ambrosetti con esa dependencia debe haber continuado ya que en 1906 fue designado por ellos para trazar los límites del antiguo territorio de Los Andes.

excavación, en el más nuevo se observan las evidencias de palas y no de picos como en el otro. Si se hizo para usarlo como pozo de decantación, nuestra hipótesis, por posibles inundaciones en la década en 1923, ahí fue cuando se arregló la parte superior del viejo pozo uniendo ambos, se unieron por arriba con ladrillos y perfiles de hierro en un trabajado de pésima calidad ya que quedaba bajo el suelo y se arrojó escombros hasta donde se pudo o quiso.

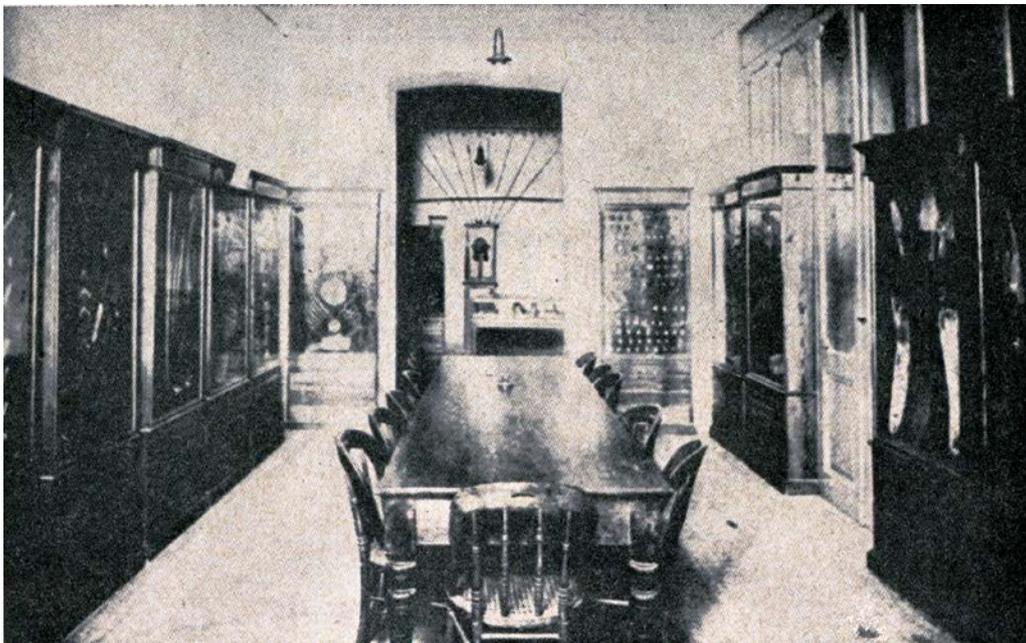


Catastro de Pedro Beare hecho hacia 1865, la casa Gómez es la marcada con el número XVII; la ampliación de la casa se haría luego al lote aledaño número XVI. El punto marca la ubicación de los pozos (Gentileza F. Girelli).

Los sótanos y el Museo Etnográfico

En el año 1904 y por iniciativa de Juan Bautista Ambrosetti se creó el Museo Etnográfico en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad (Cáceres Freyre 1961 y 1967, Pegoraro 2009), al año siguiente se le otorgó como lugar de funcionamiento los vacíos sótanos del edificio de la calle Viamonte (Pegoraro 2009, Fernández 1979/80, Arenas 1989/80, Babot 1998). Sin duda no era un sitio adecuado pero el museo no estaba funcionando aun, no se conocía su futuro, era una experiencia insólita para la UBA, y si bien había planes y proyectos era impensable en ese momento darle un edificio propio. Llevaría veinte años lograrlo, incluyendo varias ampliaciones que les daría una sala de exhibiciones en el edificio. El Museo fue instalado en esos sótanos en 1905 donde funcionó hasta 1926/27 en que se trasladó a su sede actual en la calle Moreno 350, al irse de allí la Facultad de Derecho (Schávelzon 1991, Pegoraro 2009). Tras la salida del museo el área pasó por diversas funciones incluido el ser aulas y biblioteca, hasta que se transformó, en su carácter de sótano, en el archivo del Rectorado y Consejo Superior, estando cada vez más deteriorado y así llegó a la actualidad.

El sector subterráneo destinado a Ambrosetti debió ser bastante incómodo, oscuro, y por su propia forma muy complejo de usar. Era un lugar de servicio no pensado para esas actividades e incluso aun puede verse que la ventilación no eran más que aberturas en el techo del tamaño de una rejilla, las que aun son visibles, al igual que los caños cloacales. En algún momento a inicios de la década de 1920 el salón principal, que era el que tenía los pozos bajo el piso, pudo o quiso tener un ascensor, o al menos eso se marca en algunos planos luego anulados. No parece posible ya que si bajaba al sótano la maquinaria debía estar puesta en el lugar de los pozos y quizás eso fue lo que suspendió el proyecto; a su vez ese supuesto ascensor no se ve en los cortes de arquitectura, lo que nos lleva a suponer que, o era un proyecto no hecho, u otro truco más de los que revelan los planos en que no son coincidentes las plantas con los cortes, para disimular una construcción poco explicable. También en algunos planos de la planta baja figura en el mismo sitio una claraboya para dar luz al sótano, cosas que son incompatibles con el ascensor. Creemos que fue el ascensor un proyecto iniciado y su agujero terminó en la claraboya que había en el piso de la planta baja, al darse cuenta de que estaban esos pozos. El sitio en planta baja tiene baldosas diferentes resultado de arreglos. Resulta interesante que se encontraron en los pozos lascas de vidrio grueso de cuando colocaron la claraboya, esa u otra, –esas lascas son típicas del ajuste de los gruesos vidrios a la estructura soportante de hierro-, y los restos de un piso de mosaico que no es igual al actual. Es decir que todas esas acciones debieron hacerse para un mismo momento, hacia 1923 posiblemente.



Los ahora oscuros y despintados pasillos de acceso a los sótanos usados como sala de reuniones del primer Museo. Atrás se ve el sitio de la excavación de los pozos, nótese que ya había luz eléctrica y lo estrecho de las vitrinas para no ocupar mucho espacio (de: Cáceres Freyre 1967).



Ventilación del sótano; el piso tenía una claraboya que fue modificada. Ejemplo del tipo de mosaico que tuvo antes del cambio. Nótese que el piso tiene dos variantes, resultado de esas modificaciones.

Las cañerías cloacales originales que colgaban del techo del sótano aun pueden verse, lo que en su tiempo debió dar una imagen bastante deprimente del lugar, y que explica bien el porqué Ambrosetti lo denominó como “tierra inexplorada”, y en donde se acumulaban los cajones de objetos que una historiadora ha descrito como objetos “traídos, amontonados y sin desencajonar, en los pasillos y bajo las mesas de las aulas universitarias” (Pegoraro 2009). La ampliación del edificio que les permitió disponer de un salón de exhibiciones en un entrepiso en el subsuelo pero con un acceso más franco al visitante, debió mejorar las cosas. Pensemos que de la primera expedición que viajó a Pampa Grande Ambrosetti trajo cincuenta y un cajones de gran tamaño, por lo que debió ser una aventura de insalubridad trabajar en esos sótanos. Luego veremos que en los primeros años no debió haber luz eléctrica.

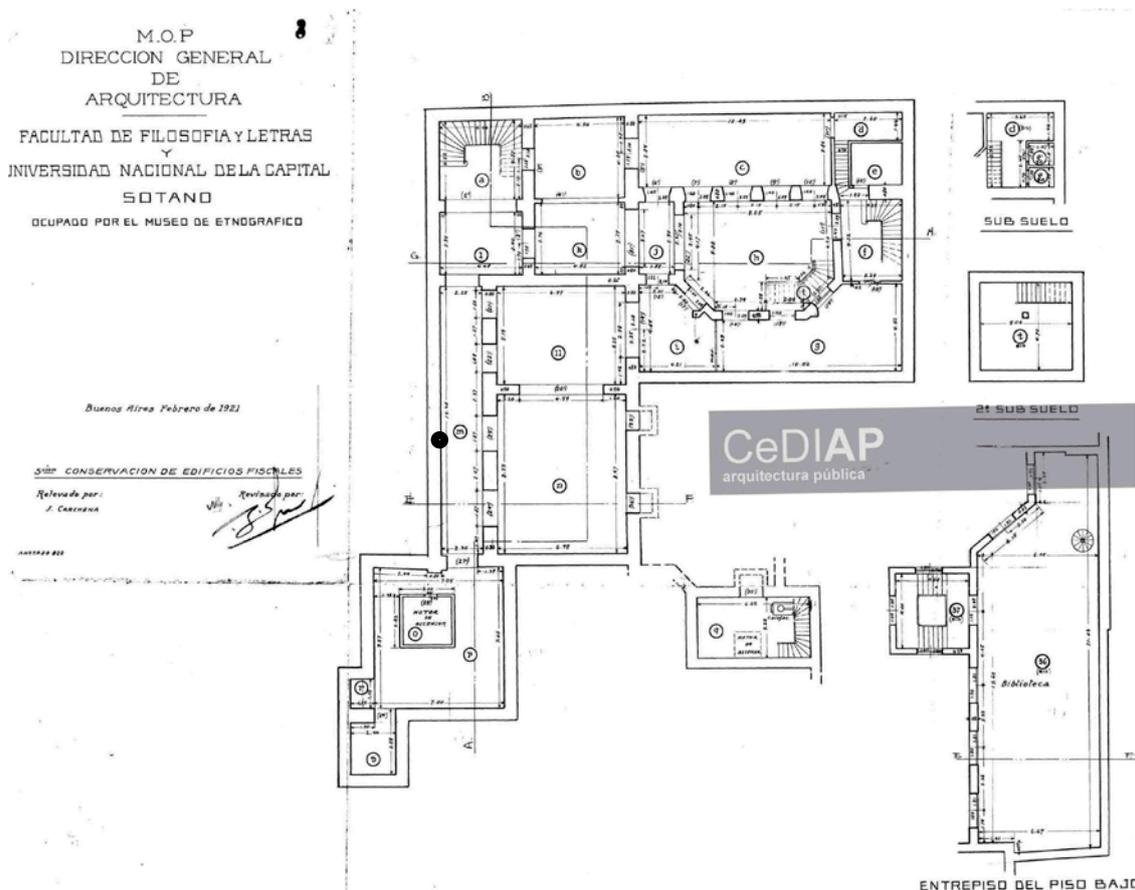


Cañerías cloacales antiguas que aun se ven en los sótanos, aunque ahora rotas, no debían dar un aspecto agradable al sitio.

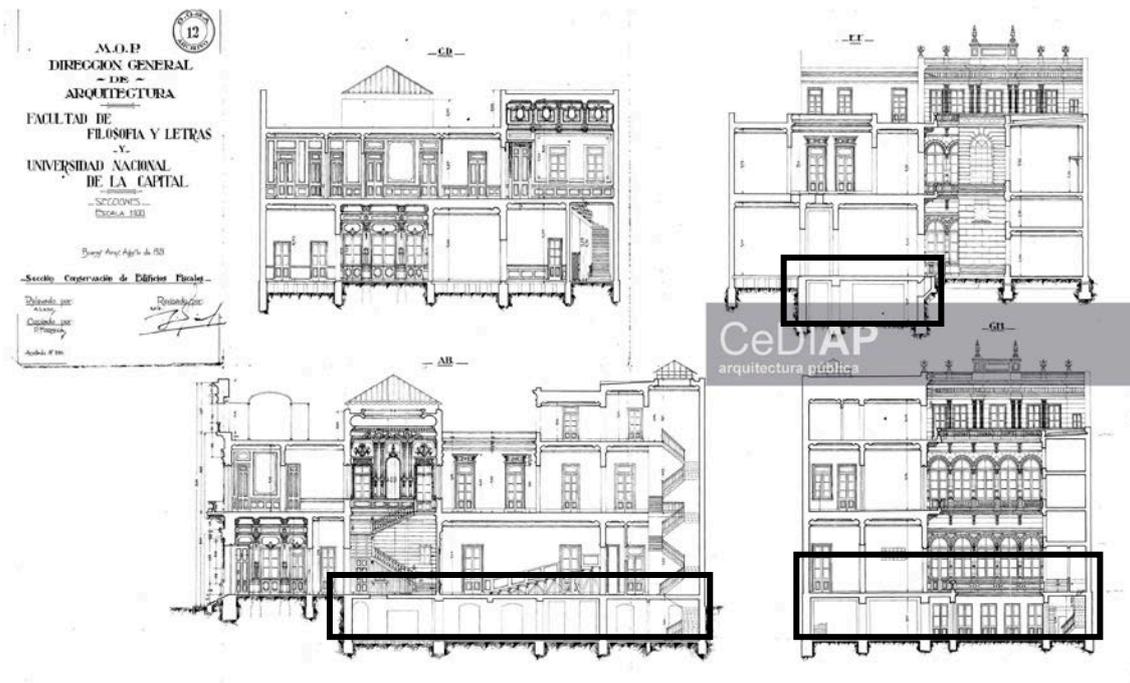
Una descripción hecha por Debenedetti se hace patente ahora que el lugar está vacío:

“En un ambiente así, modesto, bastante original y casi con la misma rareza de los que aquí veníamos, atraídos no sé porqué, pero en todo caso por cierto lirismo, que más de una vez despertó sospechas y sonrisas entre los estudiantes de otras facultades que se tienen por más prácticas y positivas en este ambiente, digo, transcurrieron los primeros años de esta nueva institución” (Debenedetti 1918: 7).

Regresando a los pozos, el hecho de acomodar el sitio para que funcionaran allí oficinas, aulas, el museo y sus dependencias, debe haber generado problemas serios, en especial de instalaciones sanitarias ya que era de prever la posibilidad de que se inundara. Era un edificio hecho antes de los sistemas sanitarios y no estaba diseñado para ellos. Y es en relación a las posibles entradas de agua que se explica esta estructura hallada. Es decir, el que no haya sido destruido y que permaneciera sin rellenar siquiera como mecanismo anticuado y poco eficaz por si había una pérdida grande de agua o entraba esta por algún motivo y era imposible desagotarla; sólo hasta más tarde se instaló una bomba ascendente que sacara el líquido. Por eso, veremos, la construcción de la estructura que cubre los pozos resulta más moderna que su hechura ya que hay hormigón armado y eso, cruzado con lo encontrado en su interior y con los planos, nos ubica en el tiempo de construcción de la estructura acapulada en los inicios del siglo XX.



Plano de 1923 cuando estaba en los sótanos el Museo Etnográfico, en la habitación principal se indica la presencia del “pozo del ascensor”, y su imposible coexistencia con los pozos estudiados; a la derecha se ve el salón del entrepiso del subsuelo también destinado al museo (Gentileza CEDIAP).



Corte de la Casa Seeber en 1921 cuando estaba allí el Museo, se aprecia que en los sótanos no hay evidencia de pozo alguno (Gentileza CEDIAP).

La estructura de los pozos

La construcción encontrada está formada por dos pozos unidos, uno circular y el otro rectangular. El mayor, el circular, posiblemente fue hecho con la casa misma en 1877 o incluso antes, con la casa Gómez como hemos dicho. Era para extraer agua de la napa y tiene muestras de poco uso, con un diámetro de un metro de ancho y seguramente unos nueve metros de profundidad o más. Ambos detalles llaman la atención: que sea de un metro y no de una vara indica una cronología posterior a Mitre y la imposición del sistema métrico decimal que comenzó en el año 1863. Y que se hayan conservado perfectas las marcas del pico con que fue cavado, sin golpes de baldes que subían y bajaban, implica muy poco uso. Si esta fecha puede tomarse como inicial y la de 1877 como final al hacer el sótano, el pozo debió estar en uso muy pocos años y eso explica el porqué casi no hay marcas de desgaste en su superficie. Tampoco hay marcas de deslave por agua que haya caído al levantarla.



Vista de los dos pozos unidos por debajo de la cúpula y la diferente forma de excavarlos que se ve en ambas paredes.

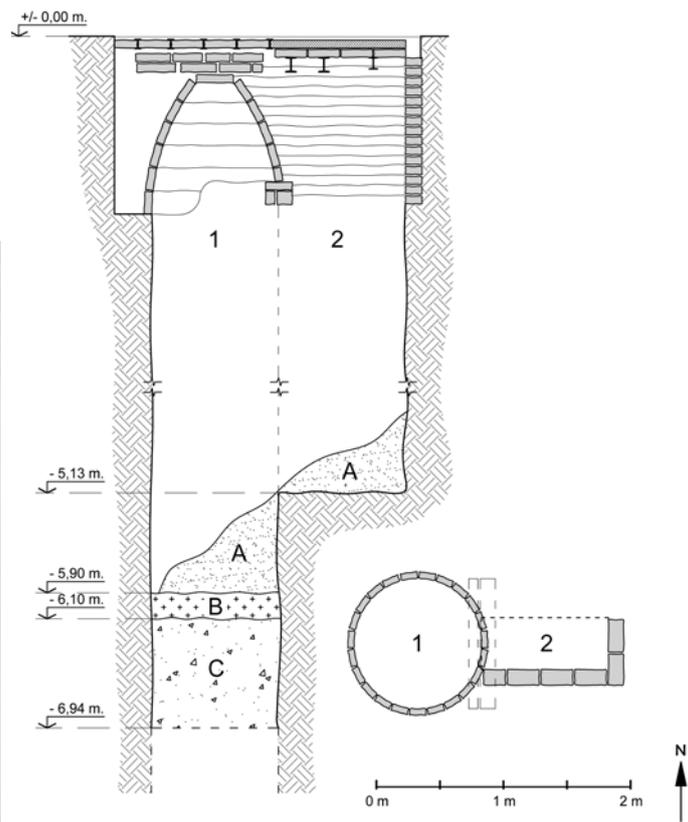
A un lado del pozo circular se hizo, en fecha posterior, un pozo rectangular de 40 x 100 cm, hasta cinco metros de profundidad, unidos ambos por un extremo; era como una ampliación de forma rectangular pero que no llegaba hasta el fondo. Y el pozo redondo fue cubierto con una cúpula de ladrillos con una tapa de inspección –imposible de abrir de ser necesario-, construcción endeble apoyada simplemente sobre la tierra. La unión con el pozo se resolvió con una viga de madera y otra de hormigón, siendo un método eficiente pero poniendo en evidencia que era un parche mal terminado. También quedó claro que el pozo cuadrado, cuyo remate es de ladrillos en un metro de altura, quedó cerrado por vigas de hierro todas de formas diferentes, mal colocadas, varias reusadas, donde debió existir una rejilla de piso de gran tamaño. Si a este pozo se lo pensó de forma circular y se cambió de opinión, de eso quedó la marca en la base de los ladrillos del muro, lo que parece dar esa posibilidad. Lo que no sabemos, aunque es muestra hipótesis, es que la clausura del pozo circular es anterior a esta obra de ampliación, la que se hizo por casualidad a su lado y se la aprovechó al encontrarla. Pero eso hizo que se alterara la cúpula, su sistema de soporte y la terminación en la parte superior que unió el conjunto.



Los pozos al iniciarse la limpieza a su alrededor y al terminarse el trabajo. El sitio donde se observa la escalera (a la izquierda) debió ser dónde estaba la rejilla.



Cúpula sobre el pozo circular antiguo y los arreglos posteriores; viga de hierro de la unión entre ambos.



Vista de los dos pozos, la forma en que estaban unidos por debajo de la bovedilla, y vista del perfil y planta del conjunto (Dibujo F. Chechi).

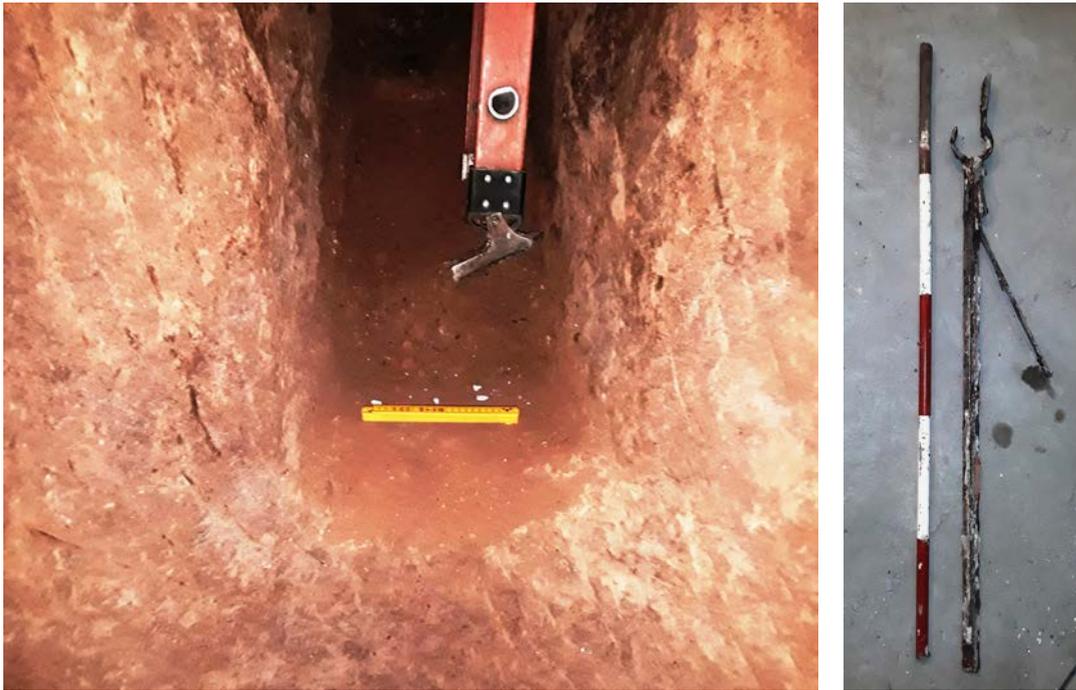


Vistas del interior de la bovedilla del pozo circular: se observa la irregularidad con que se apoyaba en la tierra y los hierros irregulares usados para sostenerla.

El pozo rectangular fue cancelado en forma muy elemental –por eso colapsó en estas obras- mediante vigas de hierro ligeramente apoyadas todas desiguales, y encima ladrillos; el pozo circular estaba cubierto como indican las Ordenanzas Municipales con una bovedilla o cúpula de ladrillos pegados con cal y vigas de hierro formando una tapa de acceso, pero de pésima calidad. Incluso se usaron hierros provenientes de otras funciones como un asta de bandera de las que se empotraban en las fachadas, otras eran perfiles diversos y hasta planchuelas. Esta situación endeble simplemente apoyada sobre la tierra hacía todo inestable, y es por eso que el trabajo en el lugar era en extremo de riesgo y se suspendió a cierta profundidad³. Suponemos que el haber estado allí la mezcladora de cemento, con sus vibraciones durante horas todos los días de la obra no debió ayudar.

Si observamos el perfil de los pozos se ve que el sedimento A se fue cayendo desde el pozo 1 al 2. Dado que este último estaba relleno con escombros grande ese polvo y los fragmentos menores se filtraron en el estrato B. El C es el relleno grande previo que fue excavado en la medida de lo posible pero no había evidencias de objetos del tipo de A.

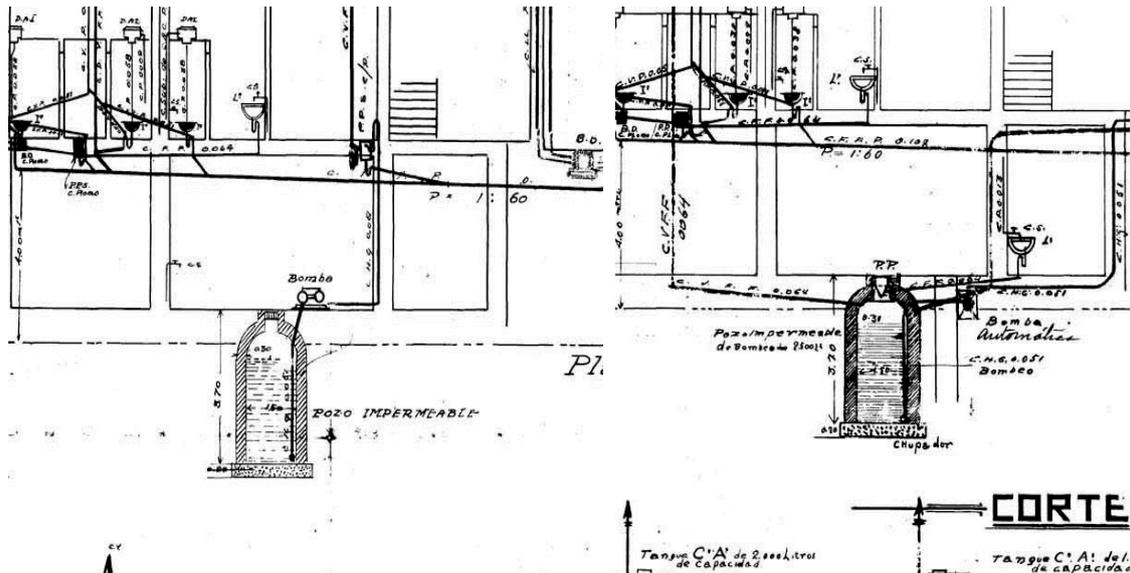
³ Se evaluaron las opciones para continuar excavando pero había que demoler la cúpula ya que sostenerla implicaba una estructura formidable, costos y tiempos y suspender la obra, que la universidad necesitaba. Toda la estructura era tan endeble que se movía al bajar y subir por la escalera.



Sector inferior del pozo rectangular, aun conservaba el polvo del sedimento acumulado sobre la parte posterior. La escalera está sobre el límite superior de esa acumulación (Denominada como "A" en el dibujo). A la derecha una posible asta de bandera de la fachada reusada como soporte de la estructura.

El pozo rectangular fue hecho como una ampliación para ser usado como sistema absorbente de agua en caso de rotura de caños o ante la falta de bombas de desagote que pudieran suplirlo. La base de un motor que denotan dos tornillos de gran tamaño y que se encuentran al lado de la boca, indica que sí tuvo un uso asociado a la extracción de agua pero que todo fue roto, retirado y alisado. Llama mucho la atención que la Municipalidad no hubiera prohibido su uso y existencia en fecha tan tardía. Suponemos que, dado que siguió abierto, debió existir una rejilla de gran tamaño apoyada sobre los perfiles Doble T que aun están en su lugar. Por allí se fueron arrojando la tierra de la limpieza diaria, basura diversa de su época y fragmentos de objetos de los laboratorios, incluidas cerámicas precolombinas y hasta un par de restos óseos humanos. El sedimento era polvo, no tierra, típico del barrido y no casualmente tenía restos de jerga del tipo usado para limpiar.

Los planos de la década de 1920-30 son en esto bastante mentirosos. Muestran la existencia de un pozo tipo cisterna, supuestamente impermeable, con base y tapa de hormigón, asociado a una bomba de extracción; no tienen nada que ver con la realidad de este sistema elemental simplemente excavado en la tierra y que no se derrumbó antes de casualidad. Las dos versiones de planos que existen distan largamente de lo que había.



Planos de 1923 y 1930 en que se ha dibujado la estructura de los dos pozos como si fuera un único “pozo impermeable” hecho de mampostería y hormigón con una bomba para extraer agua a su lado.

El fondo del pozo circular había sido relleno con escombros grandes, sin tierra al menos en lo excavado, en lo que calculamos deben ser más de tres o cuatro metros de profundidad. Dado el poco tiempo y el tamaño de los fragmentos que debían subirse sin la seguridad adecuada, se profundizó hasta 6.94 metros.

El pozo rectangular tenía tierra suelta en forma de polvo mezclado con girones de jerga de limpieza, producto seguramente de los trapeadores usados en el museo, entre esa tierra estaban los objetos asociados al Museo que luego describimos, mezclados con los precolombinos. En su mayoría fueron vidrios delgados tipo vitrinas, lámparas de filamento y algunos objetos usados en el laboratorio, con muy pocas cosas de la vida cotidiana. Dada la unión de los pozos, parte de lo allí arrojado fue cayendo al pozo redondo y metiéndose entre el escombros previo. Se suspendió el trabajo cuando se dejaron de encontrar estas evidencias, basados en la seguridad de quienes allí bajaban.

Los materiales culturales del interior de los pozos

Los objetos culturales que había en el interior de ambos pozos fueron recuperados y los de construcción, dada su envergadura y cantidad, fueron medidos, analizados en el lugar y fotografiados, no todo fue guardado. Los objetos fueron separados en dos grupos por su obvia diferencia:

- 1) Objetos históricos fechables entre 1900 y 1930
- 2) Cerámica y objetos precolombinos del noroeste y noreste argentino, posiblemente producto de las expediciones de esos años.

El contexto de ambos es el mismo: están mezclados y fueron descartados juntos. Es un fuerte interrogante la presencia de ese tipo de materiales culturales precolombinos en Buenos Aires y sólo puede ser explicado por la presencia en el lugar del primer Museo Etnográfico.

- Objetos de la vida cotidiana

Consideramos en esta categoría los fragmentos que corresponde a objetos que fueron usados por los ocupantes del lugar en su diario transcurrir, para comer o beber, incluso si llevaron a sus hijos las cosas fueron resultado de juegos. Obviamente algunas pueden ser más antiguas y pertenecer a los años de la casa Seeber, pero no creemos que así sea. Podemos incluir en esta categoría tres bolitas (una de loza y dos de vidrio), parte de la cabeza de una muñeca de porcelana, restos de tres platos de loza inglesa de Baker & Co. con la decoración floral *Cornelia*, que fue una famosa rosa que había sido lograda hacer crecer por injerto a inicios del siglo XX. Habían tres fragmentos de un botella de cerveza, uno de ginebra, una llave de metal para abrir latas de viandada o similares, dos fragmentos de un recipiente de porcelana y huesos de alimentos: vacuno, porcino y aves, cortados con cuchillo y con máquina eléctrica.



Fragmento de cabeza de muñeca de porcelana y tres bolitas (una de loza, dos de vidrio), éstas últimas golpeadas en forma intensa.

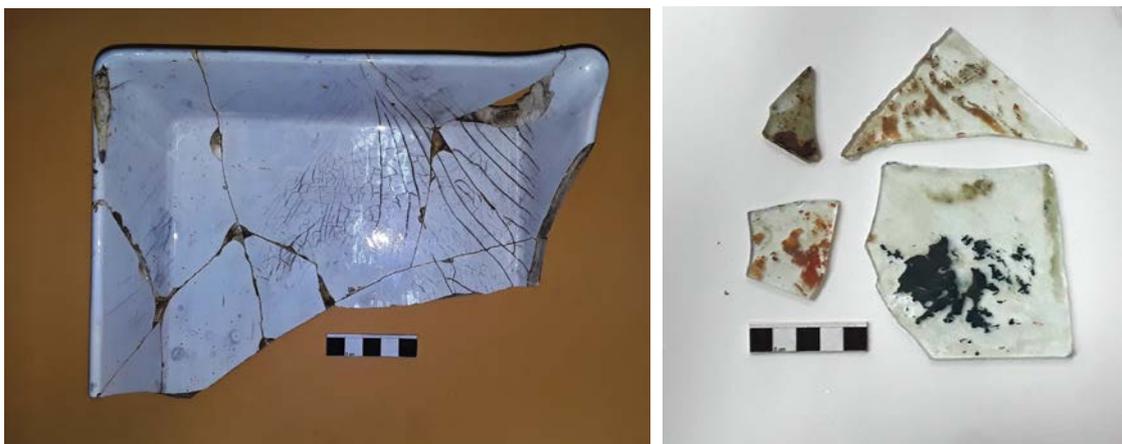


Dos mitades de un mismo tipo de plato de loza inglesa producida por Baker & Co. en la fábrica Fenton, con el motivo floral *Cornelia*, un raro tipo de rosa creado por Joseph Pemberton a inicios del siglo XX.

- Objetos de uso institucional del Museo

Son los objetos que se fueron rompiendo con el uso diario y que formaban parte de los utensilios institucionales: una batea fotográfica de gres blanco (trece fragmentos), parte de un tintero de gres, una cerradura, la manija de un mueble, dos émbolos de jeringa de vidrio, dos negativos fotográficos de 35 mm, otro de 120 mm, un carbón de pila eléctrica de teléfono que fue cortado en tres partes cuyo uso resulta extraño, otro carbón pero de pila AA, once fragmentos de una tulipa de mesa de vidrio blanco y un rectángulo de baquelita de 3.5 cm ancho y más de 10 cm largo de uso desconocido, ya que era un material moderno para esos años. Y varios vidrios que podrían ser de botellas de bebidas o que se usaran de contenedores para líquidos diferentes de para los que fueron fabricados: 31 vidrios color negro-verde oscuro y medio, con un NMI de 5 el que incluye una botella verde oscuro tipo 1900 de 24 cm alto, casi completa salvo el pico. Llama la atención que hayan varias bases de botellas y ningún pico (tres transparentes y cuatro de color), y una con restos de la inscripción "...VICE...". Hubo 18 vidrios transparentes o de tono verde suave, varias lascas, cuatro de un posible frasco de medicina, además de dos enteros uno de ellos verde claro y el otro transparente. También se recuperaron un trozo de cartón enroscado y diez fragmentos de moldes de yeso; tres en forma de L, tres planos (uno de ellos con un agujero al centro) y uno informe. Para la época era habitual que en el museo se hicieran calcos y reparaciones con ese material. Hay información sobre pedestales hechos en el sitio y copias de vasijas que se mandaron al museo de La Plata (Pegoraro 2009). Otra curiosidad fue que se usaron fragmentos de vidrio para preparar pinturas de colores y que luego fueron descartados con los restos de los pigmentos sobre ellos. Finalmente hubo una lámina de acero en forma de U que es la que se inserta habitualmente dentro de las engrampadoras de oficina.

Si como ya describimos allí fueron los cajones de Ambrosetti de sus expediciones, y las de otros, no es de extrañar que se hayan encontrado cuatro flejes de barril, uno doblado en tres partes, de 2.2 y 3.0 cm ancho, y un guardacanto sencillo, es decir una chapa doblada y con clavos para un cajón.



Batea de loza para revelado de fotografías y vidrios con pigmentos de pinturas de colores.



Fragmentos de moldes de yeso y dos émbolos de jeringas de vidrio.



Frascos de medicinas de inicios del siglo XX posiblemente usados para productos de laboratorio.

- Vidrios de ventanas y de vitrinas

Son el elemento más representado y seguramente el que se rompía a diario. Al menos los que creemos que pertenecían a las vitrinas por su poco grosor son los que más hay: 49 vidrios transparentes 1 a 3.5 mm, aunque los hay opacos de 1.5 a 2.5 que suponemos que eran la parte posterior o la superior para colocar luces. Hay un grupo de 36 vidrios muy delgados, de 0.5 a 1 mm, que quizás también formen parte de ese grupo.

Los vidrios planos que suponemos de ventanas transparentes son 51, muchos de ellos son opacos, miden entre 1.5 a 3 mm, y varios tienen manchas de cal y cemento, seis de ellos con pintura roja y/o amarilla en una o ambas caras, y uno con azul y verde de 3 mm. Varios

vidrios de este grupo tienen marcas de óxido por lo que suponemos que fueron colocados en puertas o ventanas metálicas. Varios de ellos tienen una cara rayada: forman un conjunto de 72 fragmentos grandes de hasta 20 cm de largo y midiendo entre 4 y 5 mm ancho, sin marcas de corte y con poca alteración al colocarlas o con el uso. Hay seis vidrios con relieve al ácido, con tres motivos diferentes y otros tres irregulares en su dibujo. Eran más comunes en los baños aunque a veces también dividían ambientes como en algunos salones de museo de la calle Moreno, o el antiguo *Salón de los esqueletos* según las fotos existentes.

Existe otro conjunto de vidrios muy gruesos y que no caben dentro de los estándares, doce de ellos miden 6 mm de espesor y el que los cortó dejó su impronta del esfuerzo necesario al tener dos niveles diferentes en el corte por haber pasado en sendas oportunidades la herramienta.

Hay detalles que llaman la atención: en 118 casos una de las caras estaba tratada con ácido para hacerlas opacas, y las que no lo tienen a su vez tampoco tienen marcas de limpieza en sus bordes, o de rayados para sacar pintura o masilla de colocación, lo que sí es habitual en las ventanas y más en las exteriores. Y cuando los hay parecen de limpieza con algún producto ligeramente abrasivo ya que son paralelas, curvas e irregulares.



Tipo de estantería y vitrina usadas en el salón de exhibiciones; la mayor parte de los objetos no tienen protección alguna (Podgorny y Lopes 2008:248).



Sals con estanterías y grandes objetos expuestos hacia 1906. Nótese las cañerías pasantes y sectores con manchas de humedad, el piso era un entablonado de madera (de: Podgorny y Lopes 2008:248)

Los vidrios de un milímetro de ancho, o a veces medio más, los adjudicamos a las vitrinas. Sabemos de su existencia no sólo por las fotos sino que desde la primera exploración mandaron comprarlas hechas: eran de estructura de madera verticales, otras horizontales y las hubo de las llamadas “de pared” (Pegoraro 2009). Incluso se llegaron a hacer en el taller del museo lo que debió generar muchos cortes para arreglos y ajustes, de los que algunos han sido hallados.



Trabajo del vidrio: un ejemplo que muestra los intentos por generar una curva mediante una pinza, la que se quebró en la operación, y tiras de corte recto.

- Materiales de construcción del sótano

Se trata del conjunto de materiales que formaron parte del edificio en sí mismo, o se usaron en remodelaciones, aunque algunos como los clavos menores bien pueden ser de embalajes. Podemos enumerar la presencia de alambres enroscados o enteros, planchuelas metálicas, caños de gas o electricidad, fragmentos de enchufes y portalámparas, de latas de base circular y cuadrada, sobrantes de plomo para las instalaciones sanitarias, objetos de porcelana para el cableado eléctrico, parte de una cerradura, cables entelados, gran cantidad de clavos siendo el mayor de 10 cm (cerca de 80 muy oxidados), alquitrán usado seguramente para hacer impermeables los muros, un ficha eléctrica de encendido para colocar en la pared, fragmentos de mármol de zócalo, de baldosas francesas, loza sanitaria de algún baño y mosaicos diversos de los que son aun comunes en el edificio. Y en el escombros había decenas de fragmentos de ladrillos en el relleno.

Finalmente hay doce fragmentos de la gruesa claraboya de la que ya hemos hablado y salvo uno todas son lascas producto del golpear los bordes para ajustarlos a los marcos. Son interesantes porque estaban entre el escombros del pozo circular, lo que probaría que sí existió y que la descripción dejaba por Debenedetti que en sus correrías estudiantiles veía allí, a lo lejos, una “luz sepulcral, filtrada por una lejana claraboya” (1918:7). Y para quien penetre hoy el acceso no ha cambiado ya que hay que cruzar todo el edificio para descender por una escalera de servicio, y luego recorrer un pasillo para llegar al lugar. Era incómodo para cualquiera antes, durante y ahora.



Lascas de vidrio de la claraboya y fragmentos de loza sanitaria de un lavatorio.

- La iluminación artificial

La luz debió ser el mayor problema a resolver para trabajar en un sótano. Y si bien había electricidad en partes de la ciudad desde hacía una década aun era habitual el uso del gas en las casas antiguas. Para cuando se instaló el Museo ni siquiera se había patentado la lámpara de filamento de tungsteno de Edison, aunque había otras en el mercado, incluso de él mismo. Pensamos, por lo encontrado, que es posible que se haya experimentado con los diferentes tipos de sistemas de iluminación aun no estandarizados que se ofrecían a la venta, y por eso se

encontraron varios fragmentos de portalámparas de soportes de cables de porcelana, todos diferentes al igual que las lámparas.

Lo más significativo fue la presencia de lámparas globulares, las que por su fragilidad es difícil de recuperar, más porque tras su rotura caían por varios metros en el pozo. Se recuperaron 49 fragmentos con un NMI de 7, de tres tipos de lámparas. Las bases son todas del tipo E27 (Edison modelo 27, o *Edison Screw*) que fue patentado en 1909 para ser usadas con 230 V (existen en el mundo ejemplos previos desde 1903) (Friedel 2010, Josephson 1959). Por lo tanto durante los primeros años el lugar debió iluminarse de alguna otra manera, seguramente con gas.

Tres de los bulbos tenían en su interior escrito a mano los números “020-390” y “233-290” lo que sólo pudo hacerse en la fábrica, lo que también indica productos no estandarizados. Eso, sobre lo que nunca hemos visto referencia alguna, quizás pueda unirse con una ficha de encendido por rotación, de porcelana, marca *Ediswan*, que pertenece a E. & Swan Electric Light Co., empresa que comenzó a comercializar sus patentes en Inglaterra en 1883 al unirse Swan con Edison (Swan 1946). Nunca se ha hallado un objeto de esa fábrica en la ciudad. Quizás los objetos nos están sugiriendo que el Museo vivió una serie de ensayos del uso de la iluminación eléctrica en la que se mezclaron productos de diferente procedencia y tecnología.



Probables primeros sistemas de iluminación eléctrica, incluso ensayos preliminares: una fecha de encendido de la fábrica inicial de Edison & Swan y una lámpara de filamento con numeración a mano en su interior.



Restos de lámparas incandescentes con zócalo para enrosque y diferentes bulbos de filamento de tungsteno.

- Los objetos precolombinos y coloniales

Es un conjunto importante de objetos precolombinos del norte (noreste y noroeste) del país que debieron formar parte del material del Museo y sus expediciones. Se trata de 250 fragmentos de cerámica, una cuenta de collar, una vértebra y un molar humanos, y una tapa de botija colonial de 6 cm de diámetro. Su presencia sin duda se asocia a las actividades del Museo que estaba abocado a estudiar la arqueología del país desde la expedición a Pampa Grande por Ambrosetti, siguiendo por el resto del territorio y recibiendo objetos en donación incluso de su propia familia⁴.

Lo que nos preguntamos es: ¿qué hacían todos estos objetos en el fondo de esos pozos? ¿Cayeron o fueron descartados? Es imposible saberlo, aunque si por algún motivo se los podía desechar lo normal es que hubieran ido a la basura y no a ese recóndito sitio; realmente el hacer pasar algunas de esas cerámicas de cierto tamaño por los agujeros de una rejilla, o el quitarla para lograrlo, implica una actividad intensa para hacerlos desaparecer. Obviamente las motivaciones nos son imposibles de conocer, la única realidad es que allí había una variedad de cerámicas de distintas culturas incluyendo huesos humanos.

Pero también el haber arrojado al menos una botella entera puede indicar que la rejilla se levantaba para descartar cosas, o que permanecía abierta.

⁴ Este material excavado ha sido entregado para su estudio al Museo Etnográfico.



Tapa de botija del período colonial, redondeada a partir de otra cerámica rota de manufactura local.



Trabajo de limpieza de los fragmentos precolombinos. Muchos se quebraron al caer dentro del pozo, otros difícilmente pasaron por los agujeros de una rejilla sin una acción intencional. Limpieza imprescindible por las condiciones antihigiénicas del lugar.

Conclusiones

El hallazgo casual de este doble pozo del siglo XIX e inicios del XX permitió penetrar en la historia del primer lugar en que funcionara el Museo Etnográfico, hasta que terminara su mudanza en 1927. Permitted ver y entender un poco más el sitio y sus características, analizar parte de su basura y de los objetos descartados pese a su antigüedad, ya que posiblemente no fueran importantes para el trabajo que hacían. Fue una primer e insospechada mirada a ese mundo tan alejado y a la vez tan cercano de la rutina actual de la investigación institucional. Ver no sólo la arquitectura, las malas condiciones, la falta de electricidad en el inicio, el peligro que se les hundiera el piso como pasó finalmente; es observar que los planos dicen mentiras

mostrando sistemas hídricos que no existían o que eran de una total ineficacia si hubiera sido necesario usarlas. Es lo que siempre se ha insistido en la arqueología histórica: es necesaria una *lectura arqueológica* de los documentos, escritos o dibujados. Lo que importa no es demostrar la verdad o no de un plano, sino el contraste con la realidad y su interpretación.

Por otra parte nos preguntamos cómo pudieron arreglarse en ese sitio ya que al ver las fotos nos parece increíble que sea el mismo lugar. Por eso todo, esto pasa ahora a formar parte de la memoria del Museo, de la Universidad y de la comunidad.

El sitio no pudo ser preservado dado que las condiciones eran pésimas –ya había comenzado a hundirse-, los costos hubieran sido descomunales, se generaban problemas de cambio de archivos completos y la obra técnica era en extremo compleja pese a la simplicidad de la estructura. Y el sitio tampoco tenía acceso franco al visitante para ver una bóveda de ladrillos de un pozo cegado, de las que son habituales en la ciudad. El valor estaba en su estudio, en su significado, y en el cuidado de su contenido.

Fue una experiencia insólita, penetrar en los orígenes de la antropología en Buenos Aires y en la Universidad, entender lo complejo que fue para Ambrosetti y sus seguidores trabajar en esas condiciones; y que pese a todo lograron crear una institución modelo.

Y quizás la gran lección es que la calidad de los conocimientos que se generan en una universidad no tiene relación estricta ni con el sitio de trabajo, ni con sus comodidades, es un tema relacionado con sus investigadores, alumnos y docentes (López y Podgorny 2008). En esos sótanos se formó una de las colecciones más espectaculares del país, una manera de ver el pasado del hombre sin desvincularlo con el presente, se estableció una metodología del hacer arqueológico y se formaron los miembros de la generación siguiente que seguiría haciendo avanzar el conocimiento.

Agradecimientos

Agradecemos a las autoridades de la UBA que permitieron realizar este rescate; a Martín San José y a Eduardo Cajide por darnos el aviso de inmediato, y a todo el equipo de voluntarios que acudió a participar de este esfuerzo sin límite de horario. El CEDIAP, como siempre, nos entregó copia de los planos de su archivo.

El Museo Etnográfico, a través de su directora, Mónica Berón, recibió el material precolombino para su estudio y fichaje legal, tras visitar el sitio. Agradecemos su gentileza al igual que la de su equipo de trabajo.

Las piezas históricas fueron restauradas por Patricia Frazzi y sus colaboradoras. Los restos óseos fueron identificados por Daniel Loponte.

La excavación se hizo con Ana Igareta, Maximiliano Martínez, Matías Hernández, Julieta Penesis y Ezequiel Galichini.

Referencias citadas

- Arce, F. 1966. Juan Bautista Ambrosetti. *En el Centenario de Juan B. Ambrosetti: 7-23*. Homenaje de la ciudad de Gualeguay en el Centenario de J. B. Ambrosetti, Paraná.
- Arenas, P. 1989-90. La Antropología en la Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX. *Runa* 19:147-160.
- Babot, M. 1998. La arqueología argentina de fines del siglo XIX y principios del XX a través de J. B. Ambrosetti. *Mundo de Antes* 1: 165- 190.
- Boschín, M. y A. Llamazares. 1984. La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la Arqueología Argentina. *Etnia* 32: 101-151.
- Cáceres Freyre, J. 1961 Juan B. Ambrosetti. Contribución a su bio-bibliografía. *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas* 2:9-29.
- Cáceres Freyre, J. 1967. *Juan B. Ambrosetti*. Secretaría de Cultura y Educación. Buenos Aires.
- Casanova, E. 1950. *Disertación por el profesor de Arqueología Americana. Homenaje al Doctor Salvador Debenedetti*: 6- 23. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires.
- Debenedetti, S. 1918a. Discurso pronunciado por el doctor... Homenaje al doctor Juan B. Ambrosetti. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* XXXVIII: 500- 510, en separata 4-12. Buenos Aires.
- Debenedetti, S. 1918b. Discursos pronunciados en el acto de la recepción del Dr. Salvador Debenedetti, *Helios, revista de la Junta de Historia y Numismática*: 249-262.
- Fernández, J. 1979-80. Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34 y 35.
- Elichondo, M. 1983. *La generación del '80 y el folklore*. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires.
- Friedel, R. y P. Israel. 2010. *Edison's Electric Light: The Art of Invention*. The John Hopkins University Press.
- Galarce, A. 1887. *Bosquejo de Buenos Aires capital de la Nación Argentina*. Vol. II. Stiller & Lass. Buenos Aires.
- Josephson, M. 1959. *Edison: a biography*. McGraw Hill. Nueva York.
- Krapovickas, P. 1961. *Los Estudios de Arqueología en la Argentina*. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 5:758-760.
- Márquez Miranda, F. 1968. Panorama de los estudios arqueológicos en la República Argentina. *Runa* 10-1/2: 52-67.

Pegoraro, A. 2009. *Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927*. Vol.1. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires.

Podgorny, I. y M. Lopes. 2008. *El desierto en una vitrina: museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. Editorial Limusa. Buenos Aires.

Schávelzon, D. 1991. El Museo Etnográfico. *Todo es Historia* 284: 70-74.

Swan, K. R. 1946. *Sir Joseph Swan and the Invention of the Incandescent Electric Lamp*. Green & Co., Longmans.